



RESEÑAS

Los condenados de la ciudad**Una reflexión sobre la marginalidad avanzada de Loïc Wacquant***Urban outcasts**Reflections on Loïc Wacquant's advanced marginality**Patricia Safa Barraza*Profesora investigadora del Centro de Investigaciones Económicas, Administrativas y Sociales, México
psafa@cybercable.net.mxPalabras clave: **Obreros, Estado de bienestar, políticas sociales, reseña, marginalidad, gueto, banlieu, urbano, ciudad, pobreza, racismo, precario, sociología, etnografía, Wacquant, México.**Key words: **Workers, welfare State, social policies, review, marginality, ghetto, banlieu, urban, city, poverty, racism, precarious, sociology, ethnography, Wacquant, Mexico.****Resumen**

En su libro de reciente aparición, *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado*, Loïc Wacquant explora el origen de la marginalidad avanzada, un régimen de relegación predominantemente urbano, producto de las desigualdades en el desarrollo y de la extinción del Estado de bienestar. El estudio de Wacquant tiene lugar en sociedades urbanas de Estados Unidos y Europa Occidental, en especial en los barrios y territorios donde se reúne el "precariado". El desempleo, la estigmatización, el desamparo por parte del Estado y la extinción de las redes de apoyo vecinales e institucionales ha puesto en relieve el resurgimiento de profundas desigualdades en las sociedades; una nueva pobreza nutrida también por el racismo, con diferencias de matices entre un país y otro pero con muchos puntos en común. A partir de los hallazgos de Wacquant, la autora hace una reflexión sobre cómo surge la "nueva marginalidad" en países como México, donde el desarrollo no ha llegado del todo y aparecen ahora nuevas formas de segregación e inequidad. Las formas específicas que la pobreza urbana toma en el contexto latinoamericano tienen que ver con factores históricos y endémicos, con claras diferencias respecto de lo que sucede en el gueto negro norteamericano o en la *banlieu* obrera francesa.

Abstract

In his recently published book, *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado*, Loïc Wacquant explores the source of advanced marginality, a predominantly urban segregation regime generated by inequities in development and by the extinction of the welfare State. Wacquant's study takes place in urban societies in the United States and Western Europe, especially in neighborhoods and territories where the "precarariat" gathers. Unemployment, stigmatization, State negligence and the extinction of neighborly and institutional support networks has emphasized the resurgence of deep inequities within societies; a new poverty also fed by racism, with differences between countries but with much in common. Departing from Wacquant's findings, the author presents a reflection on how this "new marginality" arises in countries like Mexico, where development has never fully materialized and now new modalities of segregation and inequity are occurring. The specific patterns of urban poverty in the context of Latin America are related to historic and endemic factors, with clear differences in relation to what is happening in the American black ghetto or the French working-class *banlieu*.



Loïc Wacquant (2007), en el libro *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado*, analiza los procesos económicos, políticos, sociales y culturales que han dado lugar a lo que denomina la marginalidad avanzada, que se vive sobre todo en las grandes ciudades de los países occidentales. Una marginalidad que caracteriza como el “nuevo régimen de relegación socioespacial y de cerrazón excluyente [...] que se ha cristalizado en la ciudad posfordista como efecto del desarrollo desigual de las economías capitalistas y de la desarticulación del Estado de Bienestar” [...] (Wacquant, 2007: 15). Para realizar este ejercicio, Wacquant estudia los nuevos espacios de segregación socioespacial en las sociedades de Norteamérica y Europa Occidental. El trabajo de campo lo lleva a cabo en un gueto de población afroamericana en la parte sur de la ciudad de Chicago y en los suburbios de París, o *banlieue*, en donde habitan obreros y familias de migrantes de países poscoloniales. Lugares a los que se conoce como “las zonas de no derecho”, “los sectores en problemas” o barrios “prohibidos” de la ciudad a los que, por ser “territorios de privación y abandono”, de violencia y conflictos sociales, se les teme y evita (p. 13).

Los medios de comunicación y la mayoría de los debates públicos presentan los disturbios en los suburbios de las ciudades francesas como estallidos raciales en reacción a la animosidad de que son objeto las minorías étnicas o inmigrantes. Los ven como disturbios de los *underclass*, “grupo decadente y amenazante” que “concentra sobre sí todas las patologías urbanas” (Wacquant, 2007: 37). De la misma manera, el gueto negro norteamericano, o hipergueto a finales del siglo xx, se presenta como un lugar en donde, por la presencia de pandillas, “el miedo físico, y la aguda sensación de inseguridad” reina en sus calles (Wacquant, 2007: 73); un lugar despreciado y vergonzoso “del que todos buscan huir desesperadamente” (Wacquant, 2007: 83).

La teoría de la *underclass*, explica Wacquant, nace en la intersección entre raza y pobreza, al transformar las condiciones sociales en rasgos psicológicos y, por lo mismo, se vuelve útil como ideología justificativa de políticas sociales y urbanas pero sirve de poco para dar cuenta sobre la nueva marginalidad en los países occidentales de finales de siglo. Para explicar la nueva marginalidad, puntualiza el autor, es necesario ver la relación entre la restructuración del sistema de fuerzas económicas y sociales, el carácter de las políticas sociales del Estado y la configuración particular de las nuevas formas de segregación social y urbana (Wacquant, 2007: 65). Es un error, aclara, explicar la existencia de estos espacios urbanos empobrecidos como un fenómeno de “tercermundialización” de los países ricos por la migración y las divisiones etnoraciales provenientes de la historia colonial. Por el contrario, es el resultado del desarrollo desigual de los sectores más avanzados de las sociedades capitalistas. El crecimiento económico no benefició a todos, añade, sino que “amplió la brecha entre ricos y pobres, y entre aquellos que detentan un empleo estable en los sectores protegidos y calificados de la economía y todos aquellos [...] que se encuentran atrapados en los empleos precarios de los sectores mal remunerados de la industria y los servicios” (Wacquant, 2007: 41-42). El desempleo, nos recuerda, se concentra en las zonas populares degradadas, lo que ha acentuado la polarización espacial y social de las ciudades (Wacquant, 2007: 45).

Para dar cuenta de la nueva marginalidad en los países avanzados propone tomar en cuenta lo siguiente: reubicar el estado y destino de un barrio en la serie diacrónica de las transformaciones históricas de las cuales es expresión material; practicar la observación etnográfica “para correr el velo de los discursos tremendistas acerca de los territorios de pérdida urbana” y comprender las relaciones y las significaciones vividas que son constitutivas de la ciudadanía marginal en lo cotidiano; establecer una mínima distinción entre condición social característica de una zona de relegación y los condicionamientos que implica su posición en una estructura jerárquica de lugares, tanto en lo material como en lo simbólico; establecer el grado y la forma de penetración estatal en los barrios de relegación y, por último, analizar el papel de la policía que busca afirmar el nuevo orden social compuesto de “vertiginosas desigualdades” y enfrentar las turbulencias y los conflictos sociales que nacen de una “miseria aterradora y una riqueza insolente” engendrada por el capitalismo neoliberal en las ciudades de los países avanzados (Wacquant, 2007: 21-24).

También considera que es un error pensar que la pobreza urbana en los regímenes europeos se encuentra en vías de norteamericanización (Wacquant, 2007: 267). La periferia obrera francesa y el gueto afroamericano, afirma Wacquant, siguen siendo dos constelaciones socioespaciales claramente diferentes, porque son legados de distintas historias urbanas y porque el Estado de bienestar, el mercado y el espacio físico respectivos se articulan de manera diferente. El hipergueto (cinturón negro) es una configuración espacial de fin de siglo, caracterizada por la doble segregación de raza y clase, un “universo étnica y socialmente homogéneo, caracterizado por una débil densidad organizacional y una menor penetración del Estado en sus componentes sociales y, por lo tanto, por una inseguridad física y social muy fuerte” (Wacquant, 2007: 17). En cambio, la periferia urbana francesa (cinturón rojo) se caracteriza por una población “profundamente heterogénea según



la procedencia etnonacional (y por la posición de clase) cuyo aislamiento resulta mitigado por una fuerte presencia de las instituciones públicas”.

En Estados Unidos, Wacquant describe el gueto comunitario de la posguerra como un lugar compacto y delimitado que acogía un abanico de clases sociales negras, vinculadas por una conciencia colectiva unificada. Un lugar relativamente autosuficiente en la medida en que se desarrollaba un conjunto de actividades que daban trabajo a una población de una gran diversidad socioprofesional y familiar. El cambio decisivo de estos lugares, añade, se debe a la decadencia de la población empleada como resultado del éxodo continuo de las familias negras en ascenso social y al creciente desempleo que golpea a quienes quedaron en el lugar (Wacquant, 2007: 78). El desempleo ha afectado sobre todo a los jóvenes quienes, frente a la falta de oportunidades, se han unido a las pandillas estrechamente vinculadas al crimen organizado, lo que ha provocado que reine la inseguridad y la violencia en las calles. [] El crecimiento sin freno de la economía informal y criminal tiene una explicación directa en la combinación de la debilidad en la demanda de trabajo no calificado y las insuficiencias de la ayuda social (Wacquant, 2007: 83). Lo anterior ha permitido el debilitamiento de la infraestructura organizacional —la iglesia, los clubes sociales, las escuelas— que daba al lugar su carácter y fuerza comunitaria. Las escuelas públicas, por ejemplo, “han quedado reducidas al estado de establecimientos escolares de vigilancia más que de enseñanza, que buscan almacenar pobres más que abrirles alguna oportunidad” (Wacquant, 2007: 109). El hipergueto de finales del siglo, añade, es un lugar “despreciado y vergonzoso del que todos buscan huir desesperadamente, un lugar de esperanzas abortadas y aspiraciones extinguidas, una ciudad de límites en la cual la única ambición realista es la de sobrevivir” (Wacquant, 2007).

En Norteamérica, la “revuelta de mendigos” es “contra la miseria cotidiana y el deterioro de las condiciones de vida causados por la recesión económica y la reducción de los presupuestos sociales” (Wacquant, 2007: 39). Es el resultado de una “violencia estructural masiva desencadenada por una serie de transformaciones económicas [2] y políticas que se refuerzan mutuamente” (Wacquant, 2007: 40). En cambio, lo que ha rediseñado el aspecto de las ciudades europeas durante las dos décadas pasadas es el resurgimiento de múltiples desigualdades y la consolidación de nuevas formas de marginalidad socioeconómica nutridas por el elemento “étnico”, lo que da lugar a la segregación espacial y a los desórdenes públicos (Wacquant, 2007: 195).

A diferencia del gueto negro norteamericano, las banlieues obreras son universos altamente heterogéneos en los cuales las categorías etnoraciales gozan de una eficacia social limitada (Wacquant, 2007: 215). La expansión de ideologías racistas y de tensiones xenofóbicas nutre las estructuras de esta “nueva pobreza” pero se genera por el aumento incesante del desempleo. Los jóvenes de los barrios populares, nacionales y extranjeros, son los protagonistas de las revueltas en las ciudades francesas, por estar marginados del trabajo y de toda forma de autosuficiencia económica (Wacquant, 2007: 219). Demandan empleo decente, escuelas adecuadas, viviendas accesibles, acceso a los servicios públicos y un trato justo por parte de la policía y otros organismos del Estado (Wacquant, 2007: 39–40). Ante la falta de respuesta de la sociedad y de las autoridades, encuentran su salida en un discurso nihilista que glorifica la depredación y la violencia para lograr acceso al consumo (Wacquant, 2007: 220). En este caso, a diferencia de lo que sucede en el gueto negro de las ciudades norteamericanas, las relaciones de sociabilidad entre adolescentes no están determinadas por la pertenencia étnica (Wacquant, 2007: 221). Los hijos de los inmigrantes que llegaron en los sesenta han adoptado los modelos culturales europeos y han fracasado en establecer una comunidad diferente, constituida alrededor de su herencia cultural (Wacquant, 2007: 224). No por esto el autor minimiza los prejuicios discriminatorios que golpean de manera cotidiana a un número creciente de jóvenes ciudadanos de ascendencia (nor)afriana, o la hostilidad y violencia basada en la discriminación racial de la que son objeto (Wacquant, 2007: 226). Sin embargo, considera que la manera como la pertenencia étnica y racial influye en la configuración de las desigualdades socioespaciales es cualitativamente diferente entre los dos países. En Francia el estigma es residencial y en Estados Unidos es racial, porque la oposición blanco–negro es el marco constitutivo de la organización de la economía, de la sociedad y de la política del país desde hace más de tres siglos (Wacquant, 2007: 210 y 211).

La globalización de la economía, bajo la hegemonía del modelo neoliberal, ha generado en las sociedades avanzadas desempleo de larga duración, proliferación de puestos de trabajo precarios y mal pagados, y una acumulación de privaciones dentro de los mismos hogares y los barrios. Tanto en Estados Unidos como en Francia, considera Wacquant, la clausura del horizonte económico explica “la atmósfera apagada, de aburrimiento y de desesperación” que reina en los barrios pobres de las ciudades de la Europa occidental y el clima de temor e inseguridad que envenena la vida cotidiana en los espacios urbanos segregados en el gueto norteamericano (Wacquant, 2007: 46). La respuesta de los poderes públicos al retorno de la pobreza y la violencia colectiva también varía de un país a otro en función de sus instituciones, la ideología nacional de la ciudadanía y la coyuntura política (Wacquant, 2007: 51).



En Estados Unidos, la guerra contra el Estado de Bienestar se impuso en el periodo de Ronald Reagan. A partir de este momento, muchos de los males sociales fueron explicados por el "abuso de los pobres de la ayuda social" (welfare) para no trabajar (Wacquant, 2007: 61). Bajo esta premisa se justificó la transformación de la relación entre la dominación racial, las desigualdades de clase y la pobreza. La pobreza fue explicada en términos de la "falta de motivaciones personales" para progresar, por el resquebrajamiento de las normas familiares y por la ausencia de valores colectivos de los habitantes de los barrios pobres. Sin embargo, para Wacquant, "el gueto pasó por una 'crisis' no porque las microestructuras de la familia y las conductas individuales se hubieran derrumbado de repente, o porque el 'ethos del asistencialismo' (welfare ethos) se hubiera apoderado misteriosamente de sus habitantes, sino porque el desempleo y la exclusión económica, al alcanzar niveles muy agudos sobre el fondo de una rígida segregación racial, desencadenaron un proceso de 'hipergue-tización', en el sentido de exacerbación de la lógica excluyente del gueto" (Wacquant, 2007: 119). La retracción de las políticas urbanas nacionales y locales durante las dos décadas pasadas se ha traducido en el retroceso planificado de las instituciones y los servicios públicos en los barrios negros históricos.

Luego de una década de problemas urbanos, el gobierno francés, en cambio, respondió incrementando los programas sociales de ayuda en los barrios empobrecidos: instauró un programa de protección social y un plan de garantías de sostén mínimo (el rmi), extendió el seguro de desempleo y los dispositivos de formación de jóvenes sin calificación, estableció un mecanismo de transferencia de los ingresos fiscales de las ciudades ricas a las ciudades pobres y desplegó un vasto programa de rehabilitación urbana para mejorar las condiciones de vida en los barrios populares en todo el país (Wacquant, 2007: 52). Los problemas sociales en los suburbios franceses se atienden con la intervención de los responsables políticos (Wacquant, 2007: 169). En Estados Unidos, en cambio, la prioridad principal frente a los disturbios urbanos, por ejemplo el acontecido en Los Ángeles, California, a principios de los noventa, fue enviar un equipo especial de fiscales y aumentar los fondos disponibles para hacer caer todo el peso de la ley penal sobre los miles de personas arrestadas durante los disturbios (Wacquant, 2007: 53).

Este juego de contrastes entre las banlieues obreras francesas y el gueto negro norteamericano es un eje central en el análisis que propone Wacquant para explicar la marginalidad avanzada por la modalidad específica que adquiere en cada país de acuerdo a los diferentes contextos y momentos históricos particulares:

La marginalidad urbana no está en todos lados tejida con las mismas fibras y, si se lo piensa bien, no es algo sorprendente. Los mecanismos genéricos que la producen, así como las formas específicas que reviste, se vuelven plenamente inteligibles cuando uno se toma el trabajo de ubicarlas en la matriz histórica —característica de cada sociedad en una época dada— de las relaciones entre las clases, el Estado y el espacio. Es decir, debemos ocuparnos de desarrollar imágenes más complejas y más diferenciadas de los "condenados de la ciudad" si pretendemos comprender correctamente su situación y elucidar su destino colectivo en los diferentes contextos nacionales (Wacquant, 2007: 14).

Este planteamiento supone un reto si deseamos preguntarnos sobre la manera como se ha reconfigurado la nueva marginalidad social y urbana en las grandes ciudades Latinoamericanas, específicamente en México, ya que exige tomar en cuenta los contextos del desarrollo social y urbano particulares, como lo propone Wacquant.

Los cambios experimentados por las sociedades latinoamericanas no han estado alejados de los acontecimientos del orden mundial. En las últimas dos décadas del siglo xx, por ejemplo, la sociedad mexicana experimentó, de modo desigual y diferencial, cambios de carácter estructural en la esfera económica. Al amparo de una política de ajuste neoliberal, también hemos vivido un proceso de desindustrialización y el incremento del mercado informal de trabajo y de la economía subterránea. Como lo describe Wacquant en los países avanzados, en el mercado de trabajo predominan los empleos de tiempo parcial, el subempleo y el desempleo. El papel que históricamente habían jugado los sindicatos ha cambiado, en la medida en que se han impuesto procesos de desregulación, flexibilidad laboral y depreciación de las calificaciones profesionales. Después de recurrentes y continuas crisis, el salario ha perdido su capacidad de compra, con lo que se incrementa no sólo esa pobreza histórica que afecta a una gran parte de la población mexicana sino también la de las clases medias.

La concentración del ingreso en pocas manos y el empobrecimiento de los países latinoamericanos y de su población ha llevado a estudiosos de la materia a repensar las condiciones en donde surge y se gesta la nueva marginalidad en países como los nuestros, [] que han vivido procesos de modernización inconclusos y parciales, que nunca han podido alcanzar las metas del desarrollo y en donde a la pobreza histórica se suman ahora nuevas formas de segregación e inequidad económica, social, cultural y urbana.

El modelo del "Estado de Bienestar" entró en crisis, no por el "abuso" de las instituciones encargadas de



los programas sociales (welfare), como lo señala Wacquant para Estados Unidos, sino por la carga de la deuda externa y el incremento de demandas de nuevos bienes y servicios que obligaron a reestructurar el gasto público. Lo anterior explica los cambios en las políticas sociales del Estado implementados a partir de los ochenta, cuando se pasa de "una concepción tutelar del Estado en la cual las políticas sociales estaban directamente articuladas a un proyecto nacional de desarrollo, a formas de asistencia dirigida [...] para ocuparse de aquellos que el nuevo modelo de crecimiento deja en el camino" (Prévot Schapira, 2001: 37).

Al igual que en todo el mundo, México es ahora un país predominantemente urbano. Pero, en contraste con décadas pasadas, las ciudades ya no representan la alternativa integradora y de promoción social para la población empobrecida que buscó en las ciudades mejores oportunidades de vida (Prévot Schapira, 2001: 34). Por el contrario, en la nueva configuración de las grandes ciudades se refuerzan viejas formas de segregación socioespacial que ahora se trenzan con las nuevas desigualdades sociales.

A diferencia de los países capitalistas occidentales, en donde la miseria en las metrópolis no resulta del estancamiento, el debilitamiento o la decadencia económica sino "de la separación de la escala de las desigualdades en un contexto general de prosperidad y progreso de la economía" (Wacquant, 2007: 302), la pobreza en las ciudades mexicanas es un hecho histórico, estructural y de larga duración; son ciudades fragmentadas por la creciente y cada vez más visible heterogeneidad y diferenciación sociocultural a partir de la cual se ordenan las nuevas jerarquías urbanas. Pero, a diferencia del gueto negro norteamericano, la pobreza urbana no puede explicarse en términos de enclaves claramente delimitados sino como un fenómeno que se extiende en el conjunto de los territorios de las grandes ciudades.

Durante décadas, las necesidades habitacionales de los sectores populares urbanos no fueron satisfechas por el mercado inmobiliario sino gracias a la autoconstrucción de la colonia y la vivienda, sobre todo en terrenos ilegalmente invadidos en las periferias de las grandes ciudades; lugares que, durante muchos años, carecieron de los más elementales servicios urbanos, como agua y drenaje (Duhau y Schteingart, 1997: 29). Estas estrategias de invasión ilegal y autoconstrucción fueron toleradas y, en algunos casos, promovidas por el mismo Estado a través del Partido Revolucionario Institucional (pri), partido oficial en el poder en ese momento, por la incapacidad de responder a la creciente demanda de vivienda de los sectores populares. Sin embargo, a partir de los ochenta se buscaron nuevas alternativas de intervención estatal orientadas más a la privatización de los servicios públicos y a la inversión en vivienda, en conformidad con los mecanismos de mercado. Estas nuevas condiciones incrementaron las dificultades de la población empobrecida para tener acceso a la vivienda en la medida en que, por el tipo de trabajo y la carencia de un ingreso estable y suficiente, no son sujetos de crédito privado o de los mismos programas oficiales de gobierno. En la actualidad no sólo es más difícil tener acceso a una vivienda propia, también se han deteriorado las condiciones de vida en las colonias populares por lo limitado del presupuesto de los gobiernos locales para la inversión en obra pública básica y el funcionamiento de servicios como la recolección de basura y el transporte público (Ziccardi, 2001: 106). Lugares empobrecidos e inseguros por la proliferación de pandillas juveniles, estrechamente vinculadas a las organizaciones criminales. Una alternativa para los jóvenes ante la falta de empleo, educación o futuro. Esto ha dado lugar a la criminalización de la pobreza sobre todo hacia los jóvenes que sufren el acoso cotidiano de la policía a pesar de que, a diferencia de los guetos y suburbios de las ciudades europeas descritas por Wacquant, la policía muchas veces se ha convertido en cómplice de grupos criminales, dejando en una situación de abandono y sin salida a la mayoría de sus pobladores.

Bibliografía

Duhau, Emilio y Martha Schteingart (1997). "La urbanización popular en la ciudad de México", en Martha Schteingart (coord.), *Pobreza, Condiciones de vida y salud en la ciudad de México*, El Colegio de México, México.

González de la Rocha, Mercedes (2004). "De los 'recursos de la pobreza' a la pobreza de los recursos", en Mercedes González de la Rocha, et. al., "From the marginality of the 1960's to the 'new poverty of today': A LARR Research Forum", en *Latin American Research Review*, Vol. 39, No. 1, Febrero 2004.

Prévot Schapira, Marie-Frances, "Fragmentación espacial y social: conceptos y realidades" en *Revista Perfiles Latinoamericanos*, Año 10, Núm. 19, FLACSO, México.

Wacquant, Loïc (2007). *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado*, Editorial Siglo XXI, Argentina.

Ziccardi, Alicia (2001). "Las ciudades y la cuestión social" en Alicia Ziccardi (compiladora), *Pobreza, desigualdad social y ciudadanía*, CLACSO, Buenos Aires, Argentina.

Notas

[1] En 1980, tres de cuatro personas de 16 años o más estaban desempleadas (pág. 78).



[2] Para Wacquant, las raíces económicas y políticas de la hiperguetización se deben, a nivel macrosocial, a la transición de la economía estadounidense de un sistema cerrado, basado en la producción industrial estandarizada y el consumo masivo, de sindicatos fuertes con un contrato social entre las grandes empresas y su mano de obra estable, a un sistema abierto, basado en la predominancia del empleo en servicios, la sumisión del capital industrial al capital financiero y a la erosión de las economías regionales, la reorganización del mercado de empleo y el deterioro de los salarios.

[3] Sobre la manera como vuelve a discutirse el tema de la marginalidad en América Latina, véase el trabajo coordinado por Mercedes González de la Rocha (2004) que se publicó en Latin American Research Review, en donde participan diversos autores como Peter Ward, Helen Safa, Janice Perlman, Elizabeth Jelin y Bryan R. Roberts.

Ficha bibliográfica

Wacquant, Loïc (2007).

Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado

Siglo XXI, Argentina.